

SEPTIEMBRE

EVANGELIOS DOMINICALES Y CELEBRACIONES DE IGLESIA

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 04.09.2022

La Palabra (Extracto de Lc 14, 25-33)

Como lo seguía mucha gente, Jesús se dirigió a ellos y les dijo: *“Si alguno quiere venir conmigo y no está dispuesto a renunciar a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser mi discípulo. El que no*



Evangelio
Lucas 14, 25-33

carga con su cruz y viene detrás de mí, no puede ser mi discípulo. Si uno de ustedes piensa construir una torre, ¿no se sienta primero a calcular los gastos y ver si tiene para acabarla? No sea que, si pone los cimientos y no puede acabar, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: <<Éste comenzó a edificar y no pudo terminar>>. O si un rey está en guerra contra otro ¿no se sienta antes a considerar si puede enfrentarse con diez mil hombres al que viene a atacarlo con veinte mil? Y si no puede, cuando el enemigo aún está lejos enviará unos delegados para negociar la paz. Del mismo modo, aquel de ustedes que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo.”

Una reflexión para la vida de familia

Jesús es muy claro para identificar a quienes pueden o no ser sus discípulos. Eso es precisamente lo que plantea a toda la gente que le seguía por la atracción que producía con sus palabras o en busca de una oportunidad para acercarse a Él y solicitarle algún signo que les beneficiara.

Jesús les deja claro que no por el hecho que le sigan para escucharle o solicitarle algo en particular, podrían considerarse discípulos de Él. Los que sí podían llegar a tener esta seguridad eran aquellos que se desprendían de todo, tomaban su cruz y caminaban con Él.

Ciertamente no era algo fácil lo que les planteaba, pues parecía que sus exigencias no eran algo posible de seguir. ¿Dónde quedaban la familia, los hijos, los padres, las pertenencias que tenían para sustentar su existencia? Parecía algo irracional.

Pero no era ese su planteamiento, pues ya antes les había dicho: “*Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió no se lo concede; y yo lo resucitaré el último día.*” Jn 6,44. Con ello les deja en claro que los que tienen esa capacidad es porque el Padre los ha llamado y de Él reciben la fuerza necesaria para asumir un papel de esa dimensión. En otras palabras, es una clara mención de lo que es la vocación.

En la actualidad nos ha tocado ver el abandono que muchos han hecho del camino que originalmente asumieron de seguir los pasos del Señor y de entregarse por completo a su servicio. Otros alzan su voz para criticar la ordenanza del celibato como la gran causa que hace alejarse a muchos. Pero lo cierto es que, si escuchamos al Señor, sabemos que Él no lleva a nadie engañado, pues nos ha expuesto con claridad cuáles son las condiciones para ser su discípulo, abandonarlo todo, asumir la propia cruz y seguirlo.

Para servir al Señor en la calidad de sacerdote, por lo mismo, antes de ser ordenado pasan por un período de discernimiento y preparación para entregar la vida, libre y voluntariamente.

Esto también es lo que el Señor nos ha dejado claro con los ejemplos que nos pone de aquel que quiere construir una torre y no se toma el tiempo suficiente para pensar, si con lo que tiene le alcanza para concluir la obra o el rey que antes de entrar en combate



calcula si su ejército será capaz de enfrentar al enemigo con los hombres y pertrechos que posee.

El utilizar nuestra capacidad de discernimiento no es una posibilidad que se nos presente, sino una necesidad y más aún, un deber cuando lo que tenemos en juego es la propia vida, frente a lo que Dios

espera de nosotros.

El Señor que sabe de qué estamos hechos y conoce nuestras debilidades antes de que éstas se hagan evidentes, nos dio los diez mandamientos como una manera de ayudarnos a recordar cuales han de ser nuestras prioridades.

Así nos pone como prioridad absoluta el amor a Él y luego el amor al prójimo. Si somos fieles en el cumplimiento de estas orientaciones, podemos aspirar a la vida eterna. Pero si queremos estar más cerca del Señor, sirviéndole con nuestra vida, ciertamente la exigencia es mayor. Permaneciendo en el mundo debemos renunciar a todo lo que nos ofrece, pues le entregamos nuestra vida sin condiciones.

Si elegimos vivir una vida de vocación, debemos tener presente que el Señor no nos fuerza ni nos obliga a servirle en la vida consagrada, si no sentimos en nuestra alma el llamado explícito del Padre que nos invita a seguir a su Hijo amado. Por ello, cuando sintamos esa inquietud debemos realizar un proceso de discernimiento y no asumir un camino, por ciertas consideraciones de carácter humano, el que luego debemos abandonar porque no tenemos ni la fuerza ni la energía para seguir el paso de Jesús.



Nadie está libre de errar el camino por lo que debemos esforzarnos por hacer un buen discernimiento a fin de no defraudar al Señor con palabras de enamorado.

Algo similar ocurre con la vida de quienes determinan casarse y lo hacen con la mayor displicencia hacia el estado matrimonial, azuzados por la familia, el qué dirán, los amigos o sentirse comprometidos por otras causas. Si no se hace un buen discernimiento lo más probable es que al pasar el tiempo se comience a pensar en que se cometió un error. Así aparece el divorcio como un escape legal para la imprudencia cometida.

Las palabras de Jesús nos invitan a ser prudentes, fieles y honestos.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

Si hago una escala de valores para mi vida ¿Cuáles son mis prioridades?
¿He sentido el llamado del Señor para entregar mi vida o lo determiné solo?
¿He utilizado alguna vez el discernimiento para encauzar mi vida?
¿Por qué seguimos a Cristo y nos hacemos ecos de su mensaje de salvación?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

Del mismo modo, aquel de ustedes que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo.

Lucas 14, 33

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 11.09.2022

La Palabra (Extracto de Lc 15, 1-10)

Entre tanto, todos los que recaudaban impuestos para Roma y los pecadores se acercaban a Jesús para oírle. Los fariseos y los maestros de la ley murmuraban: “Éste anda con pecadores y come con ellos.” Entonces Jesús les dijo esta parábola: “¿Quién de ustedes, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la descarriada hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros lleno de alegría, y al llegar a casa, reúne a los amigos y vecinos y les dice: << ¡Alégrese conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido!>> Pues les aseguro que también en el cielo habrá más alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. O ¿qué mujer, si tiene diez monedas y se le pierde una, no enciende una lámpara, barre la casa y la busca con todo cuidado hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: << ¡Alégrese conmigo porque he encontrado la moneda que se me había perdido!>> Les aseguro que del mismo modo se llenarán de alegría los ángeles de Dios por un pecador que se convierta.”



Una reflexión para la vida de familia

Los fariseos y maestros de la ley estaban permanentemente ocupados en buscar algo por lo que pudieran enjuiciar a Jesús, pero siempre salían derrotados en sus esfuerzos. Por eso se dedicaban a murmurar para generar una corriente de pensamiento que se opusiera a Jesús.

En esta ocasión la crítica es porque Jesús no discriminaba a nadie y estaba disponible para todos, también para los recaudadores de impuestos que para Roma eran mirados como traidores del pueblo. Lo criticaban porque éstos acudían a escucharle y si lo invitaban a alguna casa, lo aceptaba con toda naturalidad. Por eso su comentario era: “Éste anda con pecadores y come con ellos.”

Jesús, que no entraba en polémicas, salvo que le interrogaran directamente, relató entonces esta parábola: “¿Quién de ustedes, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la descarriada hasta que la encuentra?”

Todos quedaron expectantes ante esta interrogante, pues sabían perfectamente el valor que representaba para ellos el rebaño de ovejas. Jesús, entonces, les hizo ver cómo sería el comportamiento de uno de ellos si le ocurriera esto: Se pondría tan contento y alegre que llamaría a sus amigos para compartir la noticia. Luego les dijo: *“Pues les aseguro que también en el cielo habrá más alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.”*

Si esto no bastara para hacerles ver la importancia de la conversión, les agrega otro ejemplo: *“¿Qué mujer, si tiene diez monedas y se le pierde una, no enciende una lámpara, barre la casa y la busca con todo cuidado hasta encontrarla? Una vez encontrada es tanta su alegría que llama a sus vecinas y amigas para compartirles su experiencia. La conclusión que Jesús les entrega es clarificadora: “Les aseguro que del mismo modo se*



llenarán de alegría los ángeles de Dios por un pecador que se convierta.”

El relato de estas parábolas era una respuesta explícita para quienes murmuraban de su cercanía con los pecadores y a su vez era un acicate para todos cuantos

oían o habían recibido ya su invitación a la conversión, que era donde Jesús ponía el acento. (cf. Mc 2, 13-17)

Si volvemos la mirada hacia nuestra realidad también nos encontraremos con quienes están dispuestos a enjuiciar la vida de otros sin reparar que todos, de una u otra forma, somos pecadores; por lo tanto, la invitación a la conversión no es para los demás, sino para mí, en primer lugar. Una vez convertido o en proceso de conversión, debo esforzarme porque otros experimenten de igual forma el llamado del Señor. Sólo así podremos ser parte del rebaño del único y gran Pastor que es Nuestro Señor Jesucristo.

Jesús, al igual que el Bautista que invitaba a la conversión, al cambio de vida, para recibir al Mesías, propone algo similar. No para recibir al Mesías encarnado en Él, sino para preparar los corazones de los hombres, encadenados a las redes de Satanás que los mantenía en situación de pecado, y así recibieran el reino de Dios que les anunciaba. Él era la encarnación de ese reino y con su vida transparentaba cómo debía ser el comportamiento de quienes aspiraran a ser parte del reino.

Para Jesús era de gran importancia su cercanía con los pecadores, sobre todo si éstos estaban dispuestos a escucharle, pues representaba el centro de su misión. Ésta era la salvación del género humano, alejado de Dios, no porque el Todopoderoso se hubiese apartado del hombre, sino porque éste, en una actitud soberbia, le había dado la espalda

en su afán de autonomía, desobedeciendo su santa voluntad y desconociendo a quien le dio el ser.

La situación al presente no ha variado sustancialmente, aún más; a partir de haber dado muerte al Mesías, de haber sido instruidos por el mismo Dios encarnado en su Hijo amado, muchos han creído y se han salvado, otros en cambio permanecen en la ignorancia al negarse a escuchar, y otros han apostatado de su fe, engañados por las fuerzas del mal que no dejan de tentar al ser humano, tal como lo hizo Satanás en el Paraíso.



Jesús, hoy camina al lado nuestro haciéndonos presente su invitación a ser parte de su reino. Centremos en Él nuestra atención rechazando al tentador, porque Dios nos regala su gracia para acoger el Bien y rechazar el mal.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Hemos experimentado en nuestra vida que Dios nos busca para salvarnos?
- ¿Soy un creyente convencido o tengo una fe costumbrista y heredada?
- ¿Cuánto pesa en mi vida espiritual el Sacramento de la reconciliación?
- ¿Qué hacemos por la salvación de otros o nos es indiferente?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Díacono Ronal Salvo Olave.

*¡Alégrense conmigo,
porque he encontrado la oveja que se me había perdido!*

Lucas 15, 6

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 18.09.2022

La Palabra (Extracto de Lc 16, 1-13)

Decía también, Jesús, a sus discípulos: “Había un hombre rico que tenía un administrador, a quien acusaron ante su señor de malgastar sus bienes. El señor lo llamó y le dijo: <¿Qué es lo que oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque no vas a poder seguir desempeñando ese cargo>. El administrador se puso a pensar: <¿Qué haré ahora que mi señor me quita la administración? Ya no tengo fuerzas para trabajar la tierra y me da vergüenza pedir limosna. Ya sé lo que haré para que alguien me reciba en su casa cuando me quiten la administración>. Entonces llamó a todos los deudores de su señor y dijo al primero: <¿Cuánto debes a mi señor?> Le contestó: <Cien barriles de aceite>. Y él le dijo: <Toma tu recibo, siéntate y escribe en seguida cincuenta>. A otro le dijo: <Y tú, ¿cuánto debes?>. Le contestó: <Cien sacos de trigo>. Él le dijo: <Toma tu recibo y escribe ochenta>. Y el señor alabó a aquel administrador infiel, porque había obrado sagazmente. Y es que los que pertenecen a este mundo son más sagaces con su propia gente que los que pertenecen a la luz.”



“Por eso les digo: <Gánense amigos con los bienes de este mundo. Así, cuando tengan que dejarlos, los recibirán en las moradas eternas. El que es de fiar en lo poco, lo es también en lo mucho. Y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho. Pues si no fueron de fiar en los bienes de este mundo, ¿Quién les confiará el verdadero bien? Y si no fueron de fiar administrando bienes ajenos, ¿quién los confiará lo que es de ustedes? Ningún criado puede servir a dos señores, pues odiará a uno y amará a otro, o será fiel a uno y despreciará al otro. No pueden servir a Dios y al dinero>.”

Una reflexión para la vida de familia

Al leer este pasaje del evangelio de San Lucas, sin detenernos en la conclusión, podemos sentir que el Señor avala la conducta del administrador infiel, pues pone en las palabras del señor de la finca, una alabanza a la actitud asumida por éste. Pero no es así, pues nunca el Señor avalará el pecado que es la actitud asumida por el administrador al apropiarse de los bienes ajenos.

Lo que Jesús quiere mostrarnos es como el mal se apodera del alma del hombre precipitándolo en el despeñadero de donde cada día que pase le será más difícil volver al camino recto.

El mal es astuto y sagaz para hacernos tropezar en la vida, pues pone a nuestra disposición, mediante la tentación, la oportunidad de hacernos la vida más llevadera y sin un mayor esfuerzo. El administrador infiel, al tener al alcance de su mano los bienes ajenos, ha utilizados estos para su beneficio personal y cuando es sorprendido, en lugar de mostrar arrepentimiento por su mal comportamiento, sólo piensa en arreglar su propio bienestar hacia el futuro, actuando con la misma astucia que lo hace el demonio cuando nos muestra las bondades de un mal proceder, haciéndonos pensar sólo en el beneficio que podemos obtener.

Es por eso que el Señor dice a sus oyentes: *“Es que los que pertenecen a este mundo son más sagaces con su propia gente que los que pertenecen a la luz.”*

De ahí saca la conclusión que les propone: *“Gánense amigos con los bienes de este mundo. Así, cuando tengan que dejarlos, los recibirán en las moradas eternas.”*



La propuesta de Jesús es clara en este sentido, pues si con los bienes de este mundo que son perecederos hacemos el bien a tantos que lo necesitan, haremos amigos que no podrán retribuir nuestra bondad con algo tangible, pero sí podemos estar ciertos que serán los amigos que nos recibirán en las moradas eternas, una vez que hayamos dejado este mundo.

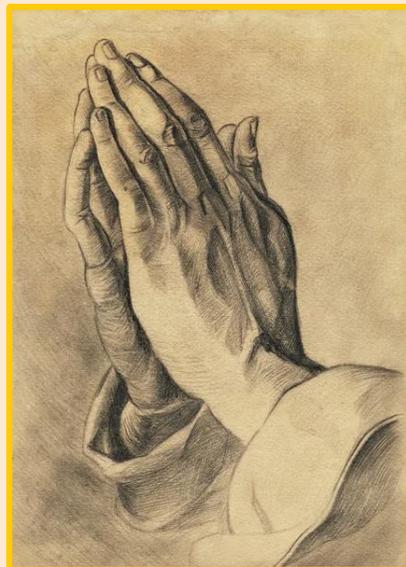
En otras palabras, si hacemos el bien en esta vida, cuando pasemos a la otra, habremos acumulado un gran tesoro que, ciertamente, nos avalará cuando debamos enfrentar la justicia divina acerca de nuestras obras.

Algo similar ocurre con nuestras oraciones por las almas del purgatorio, las que el día de mañana implorarán a Dios por nosotros, si estamos en las mismas condiciones que ellos. Nos lo recuerda un refrán popular: *“Una mano lava la otra y las dos lavan la cara.”*

Esto es lo que Jesús quiere mostrarnos, que el ser un seguidor suyo no debe transformarnos en soñadores que escapan de la realidad, sino que inmersos en ella actuemos con inteligencia y sagacidad, tanto para llevar a buen fin la tarea que nos ha encomendado como testigos veraces de su presencia viva en el mundo, como ocupados también de nuestro destino eterno, el que requiere de nuestras acciones del presente y no dejarlo todo en la confianza que nos merece la misericordia de Dios que es infinita. Frente a Él lo que vale es aquello que promueve un viejo refrán: *“Obras son amores y no buenas razones.”* De nada sirve decirle a Dios que le amamos si no obramos en consecuencia.

Como no sabemos cuándo será el día ni el momento en que el Señor nos llame a su presencia, es de seres sabios el ocuparnos hoy de lo que tendremos que enfrentar mañana y actuar como el mismo Señor nos lo ha recordado en varias ocasiones, a través de diferentes parábolas que hemos tenido ocasión de escuchar y que son un legado al que podemos acceder las veces que lo estimemos conveniente.

Seamos astutos y sagaces para prepararnos adecuadamente, viviendo el presente en plenitud, gozando los bienes que el Señor nos ha dispensado, sin olvidar el mañana y obrando como su mandato de amor nos pide hacerlo.



Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Cómo he administrado los bienes que Dios ha puesto a mi disposición?
- ¿Somos conscientes que los bienes que Dios nos otorga son para compartir?
- ¿Hemos sido sagaces para llevar adelante la misión de ser testigos de Cristo?
- ¿Qué hacemos para granjearnos amigos que nos reciban en la otra vida?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

Ningún criado puede servir a dos señores, pues odiará a uno y amará a otro, o será fiel a uno y despreciará al otro.

Lucas 16,13

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 25.09.2022

La Palabra (Extracto de Lc 16, 19-31)

“Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino, y todos los días celebraba espléndidos banquetes. Y había también un pobre, llamado Lázaro, tendido junto a la puerta y cubierto de llagas, que deseaba saciar su hambre con lo que tiraban de la mesa del rico. Hasta los perros venían a lamer sus llagas. Un día el pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. También murió el rico y fue sepultado. Y en el abismo,



cuando se encontraba entre torturas, levantó los ojos el rico y vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno. Y gritó: <<Padre Abrahán, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque no soporto estas llamas>>. Abrahán respondió: <<Recuerda, hijo, que ya recibiste tus bienes durante la vida, y Lázaro, en cambio, males. Ahora él está aquí consolado mientras tú estás atormentado. Pero, además, entre ustedes y nosotros se abre un gran abismo, de suerte que los de aquí, aunque quieran pasar hasta ustedes, no puedan; ni tampoco de ahí puedan venir hasta nosotros>. Dijo entonces el rico: <<Te ruego, padre, que lo envíes a mi familia, para que diga a mis cinco hermanos la verdad y no vengan también ellos a este lugar de tormento>>. Pero Abrahán le respondió: <<Ya tienen a Moisés y los profetas, ¡que los escuchen!>>. Él insistió: <<No, padre Abrahán; si se les presenta un muerto, se convertirán>>. Entonces Abrahán le dijo: <<Si no escuchan a Moisés y los profetas, tampoco harán caso, aunque resucite un muerto>>.”

Una reflexión para la vida de familia

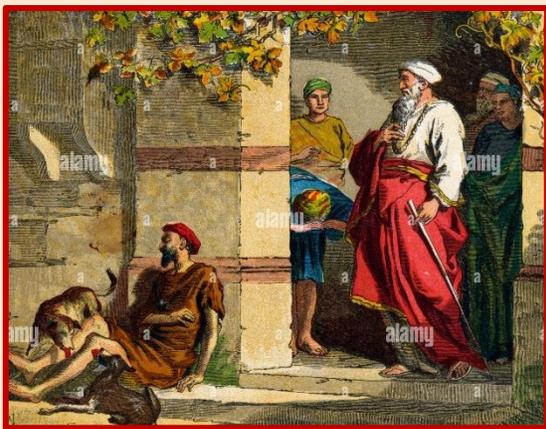
En esta ocasión Jesús nos habla con mucha claridad sobre la realidad del cielo y el infierno, algo que el común de los hombres se niega a aceptar, aduciendo que es producto de la imaginación al no encontrar respuesta para la gran incógnita: ¿existe o no otra vida después de ésta?

Para los cristianos es una verdad irrefutable a partir de la resurrección del Señor, pues tal como nos decía San Pablo: “vana sería nuestra fe si Jesús no hubiese resucitado”, pues en ese hecho radica la esperanza de nuestra propia resurrección, conforme a la Palabra de Dios.

Ahora bien, el anuncio del reino que nos hace Jesús y su llamado a la conversión para acceder a él pone de manifiesto esta verdad: “La vida eterna es una realidad y Él la puerta para ingresar al reino del Padre que es el cielo.” Lo contrario será un destino sin Dios que es una condenación eterna, pues no hay vuelta atrás; es el infierno.

Ello implica una determinación del propio hombre (varón o mujer) quien deberá pronunciarse por un destino u otro, ya que fue él quien despreció el original dispuesto por el Creador, poniéndose en contra de su santa voluntad, al actuar en sentido contrario de lo determinado por Éste.

La venida del Hijo de Dios al mundo, encarnándose en las entrañas inmaculadas de la Virgen María, fue la iniciativa divina para rescatar al hombre de la situación de pecado en



que estaba inmerso y darle así una nueva oportunidad de acceder a la vida eterna que había perdido a causa de su soberbia. Jesús, el Hijo amado del Padre, cargando en sus espaldas el peso del pecado de la humanidad, entregó su vida, generosamente, en sacrificio de expiación por nuestra culpa. Muriendo en la cruz nos rescató de la muerte, para restaurarnos la vida mediante su gloriosa resurrección.

Ahora, por Él, se nos abren las puertas del cielo, pero debemos hacer nuestra parte, vale decir, creer en Él, escuchar sus palabras, seguir sus enseñanzas, coger nuestra cruz y caminar sobre su huella, adhiriéndonos a su divino Corazón, para entrar por Él, que es la puerta, al reino del Padre; el cielo.

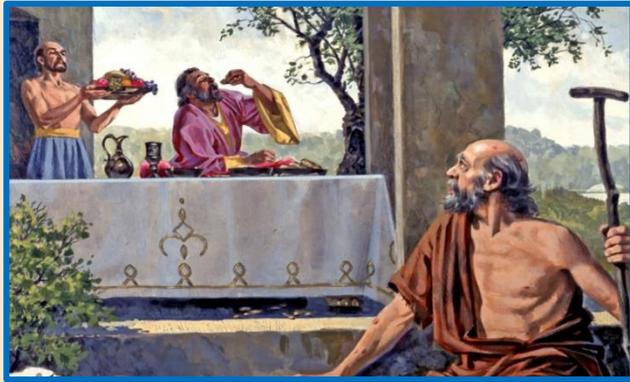
Ello pasa por aceptar su llamado a la conversión, armonizando nuestra vida con el querer de Dios, alimentándonos de su propio cuerpo para adquirir la fortaleza que necesitamos, para ser testimonios creíbles, dejándonos iluminar por su Santo Espíritu para no extraviar el rumbo.

El relato que Jesús hace del rico epulón y el pobre Lázaro es la representación de la conducta del hombre que ha de determinar sobre su destino.

Por una parte, tenemos al rico que se dedica a gozar de los beneficios que obtiene en la vida, sin preocuparse mayormente de lo que ocurre en su entorno. Por otra, está el pobre Lázaro que quisiera cubrir sus necesidades con las sobras de la mesa del rico, pero nadie se las daba.

Al concluir ambos su vida, cada cual va al destino que sus obras han determinado. Lázaro que nada tuvo en esta vida y lo aceptó con resignación fue llevado al regazo de Abrahán (el cielo) y el rico fue enviado al tormento eterno (el infierno).

El diálogo que se suscita entre el rico y Abrahán pone de manifiesto que no se trata de una injusticia, sino el resultado de la actitud de vida de ambos. Por una parte, el rico lo tuvo todo en la vida y vivió sin pensar en el mañana. Su Dios fue su estómago y vivió para satisfacer sus apetitos. Lázaro, nada tuvo y vivió de la esperanza de un mañana mejor.



El rico pedía a Abrahán que le permitiera a Lázaro mojar su lengua con una gota de agua y la respuesta fue que ello era imposible, pues el abismo que los separaba era infranqueable. Y ante la súplica del rico para que advirtieran a sus familiares para que no llegaran allí, la respuesta fue que ya tenían toda la información y si no hacían caso, aunque se les apareciera un muerto no creerían. Vale decir, llegados a este punto ya no habría vuelta atrás.

Hoy nos encontramos en la situación de los familiares del rico: tenemos toda la información, por lo tanto, sabemos el camino que debemos seguir. Si no lo hacemos no podemos culpar a Dios de nuestra desidia. Hagámoslo hoy.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Estamos conscientes de que el cielo y el infierno son realidades concretas?
- ¿Creemos que es hoy cuando debemos ocuparnos de ello o no?
- ¿Es justo gozar la vida que Dios nos da o debemos ponernos límites?
- ¿Debemos ocuparnos explícitamente de la vida de nuestros seres queridos?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

Un día el pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán.

Lucas 16. 22